

—No del todo. He leído la historia de las mujeres de Jacob, Raquel y Lia, que fueron bendecidas por el Señor. En ella he visto que tenían hijos gracias á sus criadas, lo que me ha parecido muy cómodo.

—Pues bien, niña: no es necesario leer la Biblia; pero hace falta leer el Evangelio.

—¡Ah! Sí; el Antiguo Testamento es demasiado viejo, y es menester leer el nuevo.

VII.

El caballo de copas entre dos Reyes.

Las discípulas de Saint-Aulaire representaban comedias y tragedias en la Sala Molière. El director del Teatro Francés iba por allí tan á menudo como al Conservatorio. Estas lumbreras del arte se encuentran en todos lados.

Esther representaba *Marinette*. Aunque poseía todas las picardías de su papel, le faltaba la alegría comunicativa. No se refa más que á medias. Y, sin embargo, según había dicho Saint-Aulaire, tenía un pico de oro. El director no se quedó convencido; volvió otra vez, un día de tragedia. No se quedó poco sorprendido al reconocer á Esther en Hermione. Aquello fué una revelación. Corrió en busca de Saint-Aulaire.

—Está V. loco (le dijo), dando papeles de criada á esta joven; es una trágica maravillosa.

—No es por falta de voluntad (dijo discretamente Esther, que quería mucho á su maestro). Pero cuando me hace representar en su casa, estoy detestable; en cambio, cuando me encuentro

en la escena, me hallo menos mal, porque me abandono á mi propia inspiración.

—Es que hay un genio que habla por V.

—Sí (dijo Esther con gravedad); y ese genio lo siento aquí.

Y llevó su mano á la frente.

El director no tuvo el valor de su opinión. En vez de llevar á Esther al Teatro Francés, la aprisionó en el Conservatorio, en donde perdió el tiempo, y al fin la olvidó.

Se creyó salvada, y volvió á caer en sus antiguas miserias.

Estaba escrito que la pobre niña había de encontrar obstáculos en todas partes. Su existencia fué un *steeple chase*, bien corriera tras de la gloria, del amor ó de la fortuna.

En el Conservatorio asistía á la clase de un célebre socio del Teatro Francés.

Parecía que el destino se complacía en crearle dificultades. Después de algunas lecciones, le preguntó de pronto un día su maestro:

—¿Qué hacía V. antes de venir aquí?

Siempre orgullosa, Esther no respondió nada; pero Lili exclamó:

—Mi hermana y yo vendíamos flores.

—Pues bien (continuó el profesor); le aconsejo á V. que vuelva á vender flores.

Esther ahogó un grito de rabia, y fijó en su interlocutor una mirada penetrante:

—Está bien, caballero (contestó); iré á vender flores.

Y salió con Lili, exclamando:

—No te apures. ¡Ese hombre no me comprende; pero ya tomaré mi revancha!

Esther pronunció estas palabras con tanta dignidad, que el socio del Teatro Francés se quedó sorprendido; en poco estuvo que la llamara, pensando que quizás había despedido á una verdadera actriz de raza. Pero no realizó aquel buen pensamiento.

—Después de todo (murmuró), es preciso enseñar á veinte para conseguir una que valga.

Esther salió del Conservatorio, decidida á no volver á poner los piés en él. Había pasado por todas las amarguras: unos le aconsejaban que se dedicara al baile, otros al canto; sus compañeras se burlaban de sus trajes y de sus sombreros. Aunque su rostro prometía una gran belleza, se decía que era fea. No se tenía en cuenta ni la soberana mirada de sus ojos, ni el encanto de su boca. Es que aún no poseía el arte de las parisienses; es decir, el arte de parecer bella, no siéndolo.

Hasta entonces había pensado más en decir bien que en tomar actitudes escénicas. Aunque tenía una sonrisa encantadora, mantenía á todo el mundo á cierta distancia, por un no sé qué de emperatriz, que hubiera parecido ridículo ó có-

mico, al pensar que procedía de una buhardilla de la calle de los Leones de San Pablo, ó más bien del carro de un mercader ambulante.

Todos ignoraban que había recorrido París, desde la Bastilla al Hotel de Ville, tocando la mandolina ó la guitarra, y cantando al mismo tiempo.

Su amigo Gantua estuvo un día á punto de descubrirla, diciéndole delante de sus compañeras:

—¡Gracias á Dios! ¡llegarás á ser una buena cantante! ¿Y la mandolina? ¿y la guitarra? ¿las has colgado de un clavo?

Esther le tendió silenciosamente la mano, para cortar la conversación.

Al volver á casa, Lili iba indignada con la brutalidad del profesor; Esther no decía una palabra. Reconcentraba su furor en sí misma, como una cosa sagrada que debiera darle fuerzas para conquistar su ideal. ¡Ser una gran comedianta! No hay nada que sirva tanto como la injusticia para avivar el sentimiento de lo justo.

Aquella noche no comió Esther. Lili había dicho al entrar que no volvía al Conservatorio. La madre, desesperada, preguntó por qué, acusando á Esther antes de oírla.

Lili se sentó á la mesa. Su hermana permaneció de pié, blanca é inmóvil, junto á la chimenea, como una estatua del silencio. Su madre le

hablaba, sin obtener contestación. Lili se esforzaba en demostrar que su hermana había caído en manos de un profesor que trataba con dureza hasta á las más aprovechadas. La señora Bonheur ponía poca atención á lo que decía la niña, conteniendo su cólera á duras penas.

—¡Bueno! (exclamó, amenazando á Esther): ¡ya estáis condenadas á correr otra vez por las calles! ¡Bien castigada me veo, por querer hacer de vosotras unas mujeres de provecho!

Esther se separó de la chimenea, se dirigió hacia su madre, y murmuró, arrojándose en sus brazos:

—Antes de un año, ó me habré muerto, ó representaré en un teatro de París.

La madre miró á la hija, vió que lloraba, y la estrechó con ternura.

—¡Pobre niña! ¡tú me consolabas de todas mis penas! ¡ahora ya no espero nada!

Y como los demás niños estaban ya en la mesa, añadió:

—Vamos, concluyamos; tengo que ir en seguida al Palais-Royal, y luego al Temple. No me acostaré antes de la media noche.

Los pobres no tienen ni tiempo para llorar.

Esther se sentó á la mesa; pero sofocada por las lágrimas, se levantó y se fué á su cuarto.

—¿Qué hará allí?—preguntó su madre.

Pero Esther, apenas entró en su habitación,

se aproximó al espejo de su tocador á ensayar en él trágicas expresiones en su rostro. Con su pequeña y nerviosa mano dió en el mármol un golpe tan violento, que la piedra se rompió.

Aquel golpe dado por una criatura tan débil, iba dirigido á un mismo tiempo á su profesor y á su destino.

—¡Y bien! (exclamó): no he de darles la razón. Haré lo que quiera hacer.

Pronunció estas palabras con una energía salvaje. Jamás la humana voluntad se había expresado con tanta firmeza.

La señora Bonheur entró. La fisonomía de Esther cambió de expresión, y empezó á sonreír á su madre.

—Pero, desgraciada (dijo ésta), lo rompes todo.

—No tengas cuidado, mamá; es un golpe que he dado á mi mala suerte.

La madre era demasiado supersticiosa para enfadarse con su hija.

—Has hecho bien, le dijo: me voy ahora; si cuando vuelva estás despierta, te echaré las cartas.

La señora Bonheur, como todas las judías pobres, había tenido muchos oficios en su vida, y entre otros el de echar las cartas. En algún tiempo había gozado de cierto renombre. Tenía tal fe en lo que decían, que la comunicaba á los

que la escuchaban. Llegaba hasta el punto de llorar por las vicisitudes que precedían los naipes.

Naturalmente, Esther no dormía cuando regresó su madre. Eran las once y media. Esther no había perdido el tiempo, pues estuvo toda la noche leyendo y declamando obras de Molière y de Corneille, exaltándose con los hermosos versos del segundo, y descendiendo hasta la humana estupidez con la alegría filosófica del primero; creía que no existían mejores maestros que aquellos dos maestros soberanos.

—¡Oh! ¡cómo has cambiado! Mi pobre Esther (exclamó su madre al verla), te matas con ese trabajo; me das miedo.

—¡Ah! Mamá, no sabes qué buena lección he aprendido desde que te has marchado; puedo decir como en la tragedia: «*Los dioses están conmigo.*»

La señora Bonheur no había visto nunca tan radiante el semblante de su hija; pero las fuerzas de Esther se habían agotado, y cayó sobre el lecho, vencida por el cansancio y por el sueño; su madre la desnudó y la acostó como si fuera un niño.

—¡Y bien, mamá! ¿No me echas las cartas?

Ésta llevaba siempre la baraja en el corsé.

—¡Oh! Haremos el gran juego,—contestó.

Y colocó las cartas en el borde del lecho;

Esther cortó con mano distraída. Más bien lo hacía por complacer á su madre.

—¡Bravo! (dijo la señora Bonheur); ¡el caballo de copas entre dos reyes; el de bastos y el de oros!

—Entonces, puesto que tengo dos reyes en mi juego, me puedo dormir.

No concluyó de pronunciar Esther la última palabra, cuando ya estaba dormida. «Sueños no son más que sueños.» Soñó que debutaba en el Teatro Francés, y que era silbada por todo el Conservatorio.

VIII.

Las primeras tentaciones.

Esther no era mujer que se desanimara por un sueño. «Con tanto más motivo, le dijo su madre al almorzar, cuanto que las cartas están de tu parte.»

Gantua vino también muy á propósito para animarla.

Ella era la que le había cortado una sílaba á su nombre de guerra, para hacer un juego de palabras. Porque en aquel tiempo no usaba nunca guantes.

Le veía de tiempo en tiempo. Se había presentado por sí mismo á la señora Bonheur, que le acogió con agrado. Era tan buen muchacho, que se deseaba verle llegar. Hacía reír y consolaba al mismo tiempo. Más de una vez se había convidado á comer, llevando las manos llenas de dulces y pasteles, sin olvidar nunca el rico vino de dos francos la botella, y alguna otra cosa más, propia de la estación.

Al mismo tiempo que Esther prosperaba, él también subía; pero no á la escalera. Á fuerza de